

Mitologías

por Francisco Umbral



Areilza

Quizá toda la movida democrática de cinco años sólo haya servido para eso: para que **Areilza** salga presidente de la **Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa** en **Estrasburgo**, que no es poco.

Teníamos dos posibles columnas de penetración en **Europa**, cuando matamos al difunto de muerte natural: la derecha civilizada y la izquierda civilizada. Pero la derecha civilizada se convirtió en seguida en derecha asilvestrada, que recorría la casa pegando gritos, de **Fraga** al plazao-orientalismo.

Y, en cuanto a la izquierda civilizada, quedó, en los pactos de la **Moncloa**, como el toro burlado, como el toro. Que dijo **Miguel Hernández**. Ahora me cuentan que **Felipe González** tiene muchas depresiones. Cómo no va a tener. Tiene la depresión del que se iba a acostar con la Historia y al final, la Historia, como una puta de la **Gran Vía**, se le ha ido con su señor preautonómico de provincias. **Felipe** no lo ha podido hacer peor. Por la esperanza de mandar ha perdido la oportunidad de vencer.

Y en mitad de todo este cirio, **José María de Areilza**, que también ha tenido sus vaciles, claro, y que ha llegado al increíble consorcio con **Fragabarne** (lo cual le ha obligado, en alguna ocasión, a abandonar el escaño tras algún discurso «mirando a los cuarteles», de su jefe de fila). Pero **Areilza** es y era el hombre que tenía que haber encabezado la columna de la gran derecha civilizada que penetrase como una cuña en una **Europa** de derechas, que nos quería democráticos, pero sin pasarse, tíos.

Algunos festivos por la mañana, en el campo, me despierta el conde al teléfono. El conde está en un pueblo vecino y su saludo matinal y telefónico me recuerda aquella frase de **Proust**, cuando la sociedad snob empezaba a beneficiarse del invento de **Graham Bell**:

—Hoy me apetece telefonar.

Como un personaje del mundo

de **Guermentes** a la madrileña, el conde de **Motrico** se conoce que algunas mañanas «le apetece telefonar», así dejando el verbo en intransitivo, telefonar en general, y, entre otros, me telefona a mí, que tan lejos estoy de él políticamente, y tan cerca topográficamente, ya que, como digo, nuestros pueblos se tocan, o casi.

Revistas como **INTERVIU**, periódicos como **El País** y demócratas como el conde justifican una guerra civil de los votos. Ya sabemos los españoles lo que es la

democracia, ya hemos probado el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, y ahora viene la serpiente trilateral con gorro de cosaco a acojonarnos un poco, y luego viene el ángel del Paraíso con cara de **Tejero** y espadón de **Pavía** en llamas, a echarnos a la puta calle, a arrojarlos hacia las tinieblas exteriores/interiores de un nuevo oscurantismo.

En días así, cuando toda nuestra Historia zozobra como una catedral gótica reflejada en el río, la llamada del conde, aunque sea protocolaria, le lleva a uno a la

más callada meditación sobre lo que pudo haber sido y no fue, porque la vida es un bolero.

Una izquierda unida (qué pronto ha llegado **Mitterrand** al poder, en cuanto se ha establecido un mínimo acuerdo —precario— con los comunistas), habría logrado, allá por el setenta y siete, unas movilizaciones de masas fluidas y espontáneas y habríamos tenido la revolución pendiente e incruenta que seguimos necesitando por los siglos de los siglos, amén **Jesús**. Pero la izquierda «se dejó abusar» por **Suárez** en el picadero de la **Moncloa** y la derecha empezó a rearmarse moralmente, a la sombra de otras armas todavía hospicianas y siempre letales: terrorismo/golpismo/fascismo.

José María de Areilza llega a **Estrasburgo**, quizá, demasiado tarde, cuando la **España** que él puede vender mejor que nadie en **Europa**, va siendo ya una **España** impresentable. En cuanto al renovado prestigio que su cargo internacional puede darle en el interior, sin duda le ayudaría mucho para convocar a la derecha de rostro humano en unas próximas elecciones, pero uno se pregunta si va a haber próximas elecciones. Porque a la derecha salvaje, asilvestrada, épica y pseudolítica, no se la combate desde la izquierda —eso sería otra vez la guerra civil—, sino que se la aísla, anula o disuade desde otra derecha razonable, civilizada, progresista, aseada, culta, interlocutora y europea.

Nadie ha visto aquí esto tan sencillo. Lo del terrorismo es casi un problema militar. Pero lo del francofascismo que ha venido deteriorando la convivencia democrática, es un problema psicológico, más sutil. Las inmensas clases medias y las aristocracias beligerantes o caballerías andantes, necesitaban, no un visionario plazao-orientaloide ni un dictador civil con tirantes, sino un conde entre **Saint-Simon** y **Bradamín**, o sea, **Areilza**. Sólo **Areilza** podría haber pastoreado a la gran derecha, que ahora está ya definitiva y peligrosamente asilvestrada.

